

En lo alto de la torre

Anaid Díaz

-Hasta mañana-, eso le dijo a Carla su madre el último día que la vio, pero el mañana nunca llegó. Que vacía queda esa frase cuando amanece y no vuelves a ver a esa persona, cuando no llega otro beso, otro café, otra sonrisa y duele.

Carla es Cáncer, 28 años, es políglota, tiene el cabello rubio, canta todo lo que habla y un día se quedó sola en el mundo. Su madre partió una tarde de abril y a ella se le apagó el alma. Su brillo se fue y ahora era gris, parecía como si trajera la nube más oscura sobre su cabeza. No sabía qué hacer con tanto dolor y decidió huir, desaparecer por un tiempo, daba igual a donde, nadie la esperaba en casa.

Se montó en un avión. Tenía casi 13 horas en el cielo para llorar, dormir o pensar. Mirando las nubes se sentía más cerca de su mamá y habló con ella: -No puedo, no puedo sin ti ¿por qué te fuiste? ¿por qué así de rápido? Teníamos tantos planes y ahora me abandonaste. Dios, si estás ahí, por favor, quiero irme con ella, dejar de sentir este dolor y verla de nuevo, abrazarla, oler su cabello...

Aterrizó en Bélgica, pero el objetivo era Brujas, bajó del tren y de inmediato sintió un vuelco en el corazón, era como si hubiera entrado a un cuento de hadas. Había pequeños ríos atravesados por puentes de ladrillo; en la orillas, casas pequeñas, una pegada a la otra, casi todas iguales, con techos de dos aguas color marrón; puertas de madera, redondas, como las que ilustran los libros de cuentos; patos en los jardines que dejaban sus plumas entre la gente; torres con pequeñas ventanas, tan hermosas que parecía que en cualquier momento, se asomaría una princesa.

Sentada en una banca de la plaza principal, elevó su mirada y se encontró con el sitio que cambiaría su vida, era la torre de la Catedral. Estilo gótico, de 99 metros, estaba ahí mirando a toda la ciudad, desde el punto más alto de su campanario. Fue lo que más le impresionó y sin pensarlo, decidió ir. Subió los 366 escalones y los fue contando uno por uno. Al llegar a la última puerta del punto más alto de Brujas, miró hacia abajo,

era lo más hermoso que sus ojos habían visto, solo después de los ojos de su madre.

La torre le tenía una sorpresa y sus pensamientos fueron interrumpidos por el repicar de una de las campanas más antiguas de Europa, se le erizó la piel. *Tin tan tan tan tan, tin tan tin tin tin.* Ahí en lo alto, se sintió cerca de su mamá y viendo a la gente chiquitita que miraba desde la plaza, pensó:
-Que increíble sería morir desde esta iglesia, lanzarse al vacío mientras se escucha la música y flotar al ritmo. Caer mientras toda la gente mira la torre, sería algo así como un final plasmado en una obra de arte-.

Su corazón latió más rápido, no tenía nada que perder, ni una familia ni un amor ni fe. Tomó aire y se decidió: mañana volvería a subir, pero ahora, contaría al revés los escalones para que al llegar al 3,2,1, se lanzara al vacío en el preciso momento en el que el reloj marcara las 12 horas.

Antes de bajar, vio a una niña frente a ella, tenía los ojos grandes y brillantes como soles, las piernas delgadas como las ramas que el aire mueve con facilidad y la sonrisa de luna. - Vamos a cerrar un momento-, le dijo con voz dulce -Tienes que salir-.

Carla asintió y la niña siguió hablando:
- Hoy es especial porque toca cambiar la música de las campanas ¿Estás sola? -
La niña no dejaba responder a Carla:
-Antes tenía mucho miedo de subir, pero ahora no, ya hasta subo corriendo y no me canso tanto, me gusta mucho estar aquí. A veces se posan pajaritos de colores, y les puse nombre. Ya quiero crecer, porque cuando sea grande, me van a dejar tocar la campana, ¿ya la viste? ¡Es así de grande! y yo creo que tiene magia, mi hermana me dijo que le pidiera un deseo y ¡me lo cumplió ! Le pedí no tener miedo y poder asomarme a ver la ciudad desde aquí; al otro día, subí, respiré mucho y ¡me asomé! ¿Tú, tienes un deseo?-.

Carla balbuceó, no quería asustarla con sus pensamientos oscuros y respondió:

-Sí, tampoco quiero tener miedo ni llorar, quiero ser de colores de nuevo.
-Ven, te voy a compartir mi secreto-, le dijo la niña. -Debes de ponerte aquí, cerrar los ojos y

pedir muy, muy fuerte. Tienes unos ojos muy bonitos, yo voy a desear que ya no llores y que seas mi amiga-.

La niña tomó a Carla de la mano y en silencio, pidieron el más grande deseo. Carla, dijo bajito: -Te pido que me des una razón para no hacer esto, quiero dejar de llorar y brillar como antes-.

Al bajar de la torre, Carla siguió caminando por ese bello lugar de cuento de hadas, las personas parecían personajes sacados de algún libro: chicos montados en bicicletas, como si fueran príncipes en caballos blancos y abuelas tomando el sol sentaditas en sillas afuera de sus casas. Una de ellas le llamó. Carla, confundida, se acercó, aunque lo que menos quería era hablar.

-¿Estás buscando a dónde ir?- le preguntó. -Me gusta sentarme aquí y decirle a los turistas sobre un sitio muy especial y, mi experiencia, me dice que tú lo necesitas. Es una iglesia...-

Carla interrumpió y le dijo que no, que ella no creía más en Dios, porque le había quitado lo único que tenía y ahora estaba sola.

La anciana le tomó la mano y mirándola a los ojos, le dijo: -A este lugar tú vas a rezarle a cualquier cosa en la que tengas fe, no tiene que ser Dios, puede ser al universo, a una flor, a una piedra, incluso a una persona que ya no esté, porque la fe es infinita y es lo que nos hace estar aquí. La fe salva, solo es cuestión de creer y todo tiene solución, pon alerta tus sentidos a las señales y ahí están las respuestas.

Carla le creyó, no perdía nada, total, estaba en lo que pensaba sería su último día y no le apetecía hacer demasiado. Llegó al lugar y era tan raro, parecía todo menos una iglesia: sin santos ni sacerdotes ni bancas, solo un columpio enorme en medio del atrio; en el altar, dos sillas vacías con un reloj de arena en una mesita y a un costado un chico que tocaba el piano.

Ella se acercó al columpio y el pianista le hizo un gesto para decirle que podía sentarse. Lo hizo y empezó a sonreír, recordó esas tardes en el parque en las que su madre la mecía mientras tarareaban "*Here comes the sun*", de Los Beatles, su canción favorita. Aún hace unos meses, regresaron ahí para hablar de cualquier cosa y pasar el rato como años atrás.

Después, decidió sentarse en una de esas sillas frente al altar, en la mesita sí había un mensaje: “tienes un minuto, habla con tu fe”, decía.

Volteó el reloj de arena y con las lágrimas bajando por su rostro, comenzó:

-Mamá, en ti pongo mi fe porque tú siempre has sido mi luz, dame una señal. No sé si lo que haré mañana me llevará contigo, pero ya no puedo más. Te pienso en cada paso y aquí he visto cosas tan hermosas que solo quiero contártelas. Aunque te amo, yo no merecía esto, no merecía que me dejaras así. Quiero ser feliz mami, como tú lo eras, quiero sonreír y ser de colores, ayúdame, por favor.

La arena se terminó.

Al otro día se levantó muy temprano y se puso más guapa que nunca, el cielo estaba algo gris, parecía que iba a llover, pero el sol se asomaba. Se dirigió a la torre, cuidando muy bien de no encontrarse con la niña del día anterior, no la quería decepcionar.

Eran las 11:40, subió los escalones en cuenta regresiva, en cada uno dudaba más y los subía despacio, abriendo todos sus sentidos por si aparecía la señal tan deseada, 20, 19, 18, nada. Respiró y descansó un momento, 9, 8, 7. Tomó aire, 6, 5, 4, el último descanso para el final, 3, 2, 1... y cuando sus pies tocaron la parte más alta, las campanas empezaron a sonar. Su cara se iluminó y sonrió, un rayo de sol se posó justo a su lado, las campanas cantaban en su repicar “*Here comes the sun, tu ru ru ru*”, tan suave y claro, como lo hacía su madre.

La niña llegó mientras Carla reía dando pequeños saltitos de gusto.

-¡Viniste!- Le dijo, emocionada. -La campana cumplió mi deseo, tus ojos ya no lloran, ahora ríes, tienes una sonrisa hermosa, ¡Mira hasta salió el arcoíris! Parece que eres de colores-

Carla se miró los brazos, ¡eran de colores!, el arcoíris estaba posado sobre ella. Miró la ciudad desde lo alto y luego al cielo, -¡Gracias!- gritó. Su sonrisa no podría desdibujarse de su cara y se acercó a la niña: -Ahora podemos ser amigas, vendré todos los días a verte, ¿bailamos esta canción?-